



Con la Campaña Nacional de Alfabetización, el índice de personas iletradas en Cuba se redujo a 3.9 por ciento de la población total. Archivo de BOHEMIA

Del guion a la puesta en escena

Con su vocación libertadora, la Revolución desarrolló una transformación social enfocada en alcanzar el bienestar social y la equidad. Y a pesar de todos los logros alcanzados, aún es obra en construcción de una sociedad altamente humanizada

Por **DARIEL PRADAS**

EL libreto que trazaría las políticas sociales que debían impulsarse en la futura Revolución Cubana está redactado desde octubre de 1953, cuando, minutos antes de ser juzgado y condenado a 15 años de privación de libertad por organizar y participar en el asalto al cuartel Moncada, el acusado Fidel Castro discursó su alegato de autodefensa.

Tras denuncias al gobierno batistiano y las torturas que sufrieron sus compañeros asaltantes, criticó la paupérrima situación en que se encontraba Cuba. Así, identificó seis problemas fundamentales que priorizaría el gobierno revolucionario una vez en el poder: la tierra, la industrialización, la vivienda, el desempleo, la educación y la salud del pueblo.

En efecto, la mortalidad infantil en 1953 superaba los 60 niños fallecidos por cada 1 000

nacidos vivos, la esperanza de vida no rebasaba los 55 años de edad y existía alrededor de un médico por 960 habitantes, concentrados mayormente en la capital. También un alarmante índice de analfabetismo; menos de la décima parte de adolescentes y adultos alcanzaba el sexto grado. Según el censo de ese mismo año, más de 75 por ciento de las viviendas rurales eran calificadas como malas y apenas 9 por ciento de la planta habitacional recibía electricidad.

“Unos 3 millones 500 000 personas vivían en cabañas, barracones y tugurios, sin las menores condiciones de habitabilidad. En las ciudades, los alquileres absorbían hasta una tercera parte de los ingresos familiares”, ilustró Fidel en su discurso en Naciones Unidas, en 1960.

En resumen, un puñado de cifras magras evidenciaba la calidad de vida de los cubanos.



Desde los comienzos, comenzaron a ejecutarse campañas masivas de vacunación, encabezadas por el antígeno contra la poliomielitis. Archivo de BOHEMIA

Tal autodefensa pasó a conocerse posteriormente como *La historia me absolverá* y las soluciones que brindaría a tales problemas, como el Programa del Moncada.

Primer y segundo actos

En 1959 se abrió el telón. Fiel al libreto, el nuevo gobierno estipuló un torrente de medidas que beneficiaron a los grupos sociales más desfavorecidos, entre las primeras, se decidió organizar la Campaña Nacional de Alfabetización. Contingentes voluntarios de jóvenes y adolescentes, quinqué en mano, se trasladaron incluso a los lugares más remotos del país, donde la lechuza de Atenea, aquella de la sabiduría, nunca alcanzó a volar.

En diciembre 1961 se dio por terminada tamaño empresa y de acuerdo con el informe final, que en la Plaza de la Revolución habanera leyó Armando Hart, entonces ministro de Educación (1959-1965), habían logrado apropiarse de las letras 100 000 cubanos; y durante 1961, más de 700 000 adultos. De manera que el analfabetismo se había reducido a 3.9 por ciento de la población total, un índice menor al de cualquier otra nación latinoamericana.

“Cuatro siglos y medio de ignorancia habían sido derrumbados”, sentenció entonces Fidel.

La sociedad cubana continuaría esa escalada de conocimientos hasta acumular hoy más de un millón de profesionales graduados en universidades; en esas fechas apenas empezaba a convertirse en bandera este derecho elemental

–la educación gratuita–; luego serviría de palanquín para desarrollar otros derechos, prácticamente inexistentes, como el acceso a la ciencia, el deporte o la salud universal.

En 1964, se graduaron los primeros 250 médicos totalmente formados por la Revolución. La medicina privada, así como las llamadas Casas de Socorro para casos de urgencia, fueron desapareciendo para dar espacio a los pilares que soportarían después el Sistema Nacional de Salud, un programa orientado no solamente hacia la curación de enfermedades, sino con mucho énfasis hacia la prevención.

Así se formó la Red del Policlínico Integral Preventivo Curativo, en 1964 –sustituido por los modelos del Policlínico Comunitario una década después–, y del Médico y Enfermera de la Familia, en 1984. Tales avances en medicina comunitaria y familiar perdurarían y conformarían el actual Programa de Atención Primaria de Salud.

Desde los primeros años se ejecutaron campañas masivas de vacunación, encabezadas con el antígeno antipoliomielítico para lograr la inmunidad infantil contra ese mal. Con tales empeños, en 1963 se logró erradicar la poliomielitis y, en 1970, el paludismo.

Por su parte, se incrementó la atención a las embarazadas en consultas prenatales y creció el número de partos en unidades especializadas rurales. Con ese mayor cuidado de madres e hijos, hacia 1979 Cuba ya ostentaba la tasa de mortalidad materna más baja de América Latina (29.6 por 1 000 nacidos vivos), pero no se

contentaba con eso: En 1983, inició el Programa de Atención Materno Infantil (PAMI).

Con el paso de los lustros, no solo se mejoraron los indicadores de salud: gracias a la educación sanitaria, cambiaron los hábitos y la conducta higiénica en la población, principalmente la campesina, la más relegada durante siglos en materia de atención médica. La prevención de enfermedades de veras se convirtió en más que un lema para aquellos tiempos modernos.

Tal como se juró hacer en el Programa del Moncada, el problema de la vivienda fue afrontado desde 1959. Primero, a través de medidas que acabaron con desalojos y demandas de desahucio, al tiempo que se toparon los precios máximos de alquileres. Con la Ley de Reforma Urbana, aprobada en octubre de 1960, los arrendatarios –que ocupaban más de 60 por ciento de las viviendas urbanas–, pudieron convertirse en propietarios de los inmuebles que habitaban.

La política al respecto era la de proveer viviendas dignas a los moradores de asentamientos ubicados en zonas sin urbanización, cuyas infraestructuras eran endebles y peligraban ante la embestida de los ciclones o las infiltraciones del mar. A la par, se planificó la construcción de nuevos poblados en entornos rurales. Hasta la década de 1970, se erigieron más de 100 000 viviendas fuera de las grandes ciudades.

Entre 1981 y 1985, con el auge de las “microbrigadas” de constructores y otros programas para erigir edificaciones, se levantaron unas 200 000 unidades habitacionales. En los últimos

65 años, los números totales superaron los dos millones y medio.

Acorde con los nuevos vientos, incluso se buscaron vías para “aterrizar” y hacer eficiente la representatividad de la ciudadanía. Se promovió este programa a través de la propia campaña de alfabetización y, por ejemplo, a las Milicias Nacionales Revolucionarias y los Comités de Defensa de la Revolución (CDR), reconocidos por muchos estudiosos como los primeros elementos de participación sistemática y territorial de la sociedad cubana después de 1959. También se sumaron la Central de Trabajadores Cubanos (CTC), la Federación de Mujeres Cubanas (FMC), la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños (ANAP), etcétera.

Estas organizaciones sociales empezaron a tomar decisiones y a incentivar la participación popular a través de asambleas y reuniones; en teoría, fungían de contrapeso interno a un poder ejecutivo fuerte y centralizado, mientras enarbolaban una fórmula democrática participativa con tintes distintos a las de las llamadas democracias liberales.

Para 1975, cuando fue aprobado el anteproyecto de la Constitución de 1976, se extendió por la nación un nuevo modelo de organización política, en la que los delegados del poder local se elegían a través del voto secreto, universal y voluntario de las personas mayores de 16 años. Así, los órganos del Poder Popular asumieron tareas ejecutivas y administrativas a escala municipal, regional y provincial.



La Constitución de 1976 permitió el nacimiento de una nueva estructura de gobierno popular, en la que los delegados se eligen mediante el voto secreto, universal y voluntario para los mayores de 16 años.

Archivo de BOHEMIA



.....
**Con las políticas de prevención
médica y el Programa
de Atención Materno-Infantil,
Cuba llegó a alcanzar la tasa
de mortalidad infantil más
baja en Latinoamérica.**

LEYVA BENÍTEZ

Ese mismo sistema organizativo, aun con sus modificaciones, refleja los cimientos del actual, concebido tras la vigente Constitución de 2019, una ley de leyes que dio cabida a nuevos derechos sociales.

Sin embargo, los imperativos de una economía que no alcanzó plena madurez, entorpecida por ataques externos enemigos que presionaron a cada centavo, así como las dependencias viciosas y acomodaticias de la mano cálida de los amigos, pusieron en jaque constantemente el logro de muchas aspiraciones.

Súmese a lo anterior, el flagelo de una burocracia derrochadora que amarga, por más risa que nos dé al ver una memorable película desoída en su alerta temprana. También el idealismo y el triunfalismo –no correspondido– en la proposición de muchas metas, calzado con el voluntarismo de una estructura nacional extremadamente centralizada, lo que a su vez provocó un alto grado de paternalismo en todos los niveles y, en consecuencia, la torcedura del camino hacia la equidad en nombre de una falsa y nociva igualdad.

Tales errores, aunque acusados ciertamente con prontitud, no siempre tuvieron un rápido rechazo y reversión. En buena medida, estos pudieran considerarse el vivero donde fueron engordando criaturas prácticamente erradicadas por la Revolución, entre estas la corrupción, las inmedibles –pero sí tangibles– vertientes de discriminación por raza, de desigualdad

de género, diferencias por sectores sociales y procedencia regional, entre otras discrepancias que entorpecen el sueño revolucionario de humanismo, liberación y crecimiento social.

Cierto pensamiento infantil ve hoy, en los errores cometidos –y hasta acumulados–, el fracaso del proyecto transformador, ese que difícilmente no encandiló hasta al más tolerante con las injusticias sociales. Otros, no obstante, creen que precisamente la Revolución consiste en la capacidad de innovarse y evolucionar continuamente.

Como una sociedad en transformación no es un laboratorio donde se suministran catalizadores sobre una muestra, a fin de obtener respuestas y tomar decisiones tras estudiar a golpe de “prueba y error”, un determinante proceso de cambios sociales no está libre de contratiempos externos e internos. Es, eso sí, un algoritmo colectivo de aprendizaje y obra que impone ritmos vertiginosos de ejecución; consecuentemente, sus proyectistas deben estar a la altura de tales exigencias. Y pesa mucho más –no siempre se tiene debidamente en cuenta– lo efímero del brindis tras cada meta conseguida: lo que hoy es un logro, al minuto siguiente es insuficiente, si de desarrollo continuo se trata y de satisfacción de necesidades creciente se habla.

Como ha dicho el artista plástico Manuel López Oliva, la Revolución es una obra cuyo guion es inmejorable; lo complicado es la puesta en escena.

Tercero y cuarto

De una estructura shakesperiana de cinco actos, la Revolución había llegado al tercero –al clímax–, con la crisis económica de la década de 1990. En ese momento comenzó el agrietamiento de muchos programas sociales. Pasadas las décadas, la situación, en general, se ha revertido, aunque zigzaguea por períodos según corran los vientos de la economía mundial, algo que nunca antes Cuba tuvo que sortear, desprotegida a la intemperie.

La transformación en la esfera social, se sabe, no ha conseguido retomar el empuje de años anteriores. Aun así, han surgido nuevos programas y se han perfeccionado otros existentes, un tiro de dados capaz de dejar sin palabras a muchos detractores.

Contra viento y marea, el derecho a la salud continúa siendo universal. Pero la falta de insumos médicos en farmacias y hospitales ensombrece la calidad del servicio. En la práctica, la gratuidad o subsidio que en su letra garantiza el Estado a los fármacos, se ha desmoronado con la escasez y los bolsillos. Tal situación ha obligado a muchos a obtenerlos por su cuenta –y a riesgo, podríamos añadir–, procedentes de envíos desde el extranjero o mediante el mercado negro, a precios espumosamente elevados.

A su vez, la disminución del número de profesionales en activo, causada por la emigración hacia el exterior o hacia otros espacios laborales más prometedores, debido a los insuficientes salarios apaleados por la inflación, ha permitido visibilizar algunos huecos en las banderas

que más alto ondea la Revolución: la salud y la educación. No es difícil entender entonces por qué son precisamente esos sectores a los que recientemente se les decretó un incremento en sus ingresos, retomándose, para ello, algunos indicadores como el pago por tiempo extra, riesgo, antigüedad en la profesión, entre otras acciones de justicia social, inexplicablemente desestimadas si una vez ya existieron.

Lo anteriormente ejemplificado y otros desarreglos, llegaron a su punto más crítico debido a la crisis que arreció después de la epidemia por covid-19, el sismo económico derivado de la nueva geopolítica mundial y por la asfixia casi total que ha provocado otra vuelta de tuerca del bloqueo contra Cuba, nunca antes más efectivo. Sumados estos a la urgencia por solucionar los problemas acumulados, cuya expresión más impactante fue un ordenamiento integral de la economía y las finanzas con resultados inesperados, este coctel de trances ha provocado la profundización de las desigualdades entre las personas.

Como un nuevo acto dramático, la desigualdad ha hecho entrada en la puesta en escena y esta se vislumbra como el más espinoso reto que tiene la dirección del país para dar continuidad al proyecto de revolución social, expuesto en la letra del Programa del Moncada.

El visionario y programático proyecto, a pesar de su puntería de “10”, nunca pudo ver cumplida la aspiración de dar respuesta integralmente al problema lastrado de la vivienda. Si bien se propuso una cifra de edificaciones que en el término de algunos años



El Programa del Médico y la Enfermera de la Familia se convirtió en uno de los pilares de la atención primaria de salud en Cuba. YASSET LLERENA ALFONSO



La educación gratuita y universal constituye una de las banderas del proyecto revolucionario, pero su calidad corre el riesgo de resquebrajarse presionada por el éxodo de maestros y la escasez de recursos materiales. YASSET LLERENA ALFONSO

aritméticamente alcanzó, esa deuda social aún está exponencialmente vigente 65 años después de poner cimientos a la construcción de un nuevo sistema de desarrollo.

En un análisis en la revista **Temas**, en enero de 2018, el sociólogo Carlos García Pleyán comentó al respecto: “No se trata de que la Revolución no haya hecho un esfuerzo considerable, puesto que desde 1959 deben haberse construido más de dos millones de unidades habitacionales. Pero es que los factores de incremento de la demanda se han ido superponiendo: la población ha pasado de 7.7 a 11.2 millones de habitantes, el tamaño de la familia se ha reducido de casi cinco integrantes a 2.8 en el último censo (con lo que las familias han pasado de 1.6 a 3.9 millones), el mantenimiento del fondo construido ha sido mínimo y los movimientos migratorios internos han sido considerables”.

En la carrera entre el *boom* de natalidad y la capacidad constructiva en el país, el último prácticamente tropezó en la recta final. La producción de materiales de la construcción también menguó y los devastadores ciclones sumaron más tormento al problema.

En un reciente *sprint* por acortar las distancias –aunque la natalidad disminuyó enormemente, debido en parte a la propia escasez de hogares, según los demógrafos–, el gobierno reimpulsó el Programa de la Vivienda en 2018, con vistas de, si no ganar la carrera, arancarle un buen trozo al problema en 2030. Cuando aquello, el déficit habitacional ascendía a casi 930 000 núcleos. Desafortunadamente, la velocidad adquirida con el plan no está ni cerca de ser suficiente.

A pesar de tantas vicisitudes, la transformación social no ha cesado en su esfuerzo por profundizar la democracia y la protección de cada vez más derechos humanos. El perfeccionamiento del sistema de órganos del Poder Popular busca la mayor participación y efectividad de los planteamientos de la ciudadanía, así como su mejor representatividad y discusión en la Asamblea Nacional y otros espacios de debate nacional.

De igual forma, ambiciona que las demandas de la población tengan mejor respuesta con la eficacia de los gobiernos a la hora de solucionar los problemas de manera cada vez más descentralizada y creativa, a lo que se añaden las acciones de la administración local y hasta sus relaciones contractuales internacionales, un reflejo, entre muchos existentes, de la independencia soñada y por la que se echó a andar la Revolución hace 13 lustros.

Más derechos a todas las personas, mayor igualdad y respeto entre los ciudadanos, son garantías de la reciente revolución jurídica, que impulsaron a la mayoría de la población a refrendar una nueva Constitución, esa que hay que hacer cumplir y que se debe proteger en nombre de la dignidad plena del pueblo, como cada día reclama Martí.

Como base del entendimiento de la nación, debe ser esta la inspiración para cumplir las deudas sociales y emprender nuevas transformaciones humanas. Esta es la razón de ser de este acto escrito en el guion moncadista y que no debe ser el final de la más ambiciosa puesta en escena de la historia de todos los cubanos.